



ISLA DE CUBA

SIN desatender el orden geográfico, me parece natural que este somero bosquejo de la literatura hispano-americana en el siglo XIX comience por aquellas de nuestras antiguas colonias que no han dejado de serlo, y que tienen, en consecuencia, con España la relación de unidad política que no conservan las Repúblicas independientes.

En la Isla de Cuba, donde ha sido tan brillante como tardío el progreso intelectual, nos servirá de punto de partida el gobierno de D. Luis de Las Casas (1790-1796), que elogian universalmente los historiadores, y al que van asociadas, entre otras glorias, la fundación del *Papel periódico*, primero de su género que allí se publicó, y la de una *Sociedad patriótica de Amigos del País*, semejante á las que existían por entonces en la Península. Puso Las Casas empeño decidido en favorecer á las personas de mérito, empleándolas según su capacidad, y dirigiendo sus esfuerzos al bien colectivo.

Vascongado como este benemérito General, conti-

nuó su labor regeneradora el Obispo Espada y Landa, implantando un nuevo plan de estudios en el Seminario de San Carlos, donde se daba cabida á las ciencias experimentales, y escogiendo profesores tan entendidos como los presbíteros D. Juan Justo Vélez y Don Félix Varela, célebre el último por sus *Lecciones de Filosofía* y sus *Cartas á Elpidio*.

En las aulas del antedicho Seminario se educó el primer hijo de Cuba que con algún fundamento pudo aspirar al título de poeta. Llamábase Manuel de Zequeira y Arango (1760-1846); cultivó el género pastoril en la casi desconocida égloga *Albano y Galatea*; imitó á Quintana y Gallego en las poesías *Primer sitio de Zaragoza* y *A Daoiz y Velarde*, demostrando más patriotismo que verdaderas cualidades artísticas. En todas sus composiciones, sin exceptuar la titulada *A la piña*, hay desigualdades y prosaísmos de bulto, que reducen la talla de Zequeira á la de un precursor modesto, aunque estimable, cuyas deficiencias explica y disculpa este mismo título.

Descolló á inmensa altura sobre él y sobre su contemporáneo Rubalcava, autor del poema *La muerte de Judas*, un gran lírico, cuyo extraordinario valer proclamó desde luego en España D. Alberto Lista ¹, como después lo hicieron Villemain y Mazade en Francia, y Kennedy en Inglaterra. Los versos de D. José María Heredia ¹ no son todos originales, inspirados ni dignos de su reputación. Educóse el cantor del *Niágara* con la lectura de muchos y muy desemejantes modelos: por una parte Meléndez, Cienfuegos y Quintana; por otra Legouvé, Millevoje, Delavigne y Lamartine; y aun deben añadirse á la cuenta Hugo Fóscolo y Pinde-

¹ Un año antes había juzgado Andrés Bello las poesías de Heredia en el *Repertorio americano* (1827). Citaré también el estudio que insertó D. Antonio Cánovas del Castillo en la *Revista española de ambos mundos* (1855). Los que desde entonces se han publicado en España y América son innumerables.

monte, Young y Byron. No siempre indicó la procedencia al traducir ó imitar las composiciones de poetas extranjeros, aunque él mismo escribía que «no es justo adornarse con joyas ajenas sin confesar á quién pertenecen»; pero han de atribuirse, no á cálculo, sino á descuido, las omisiones por las que indebidamente se le acusó de plagiarlo.

Late en Heredia el espíritu del siglo XVIII con bastante energía para que pueda confundirse con los autores románticos, aunque tenga de común con ellos el subjetivismo ardoroso que reclama la libertad en todos los órdenes, la vena fácil y pródiga y las incorrecciones de lenguaje, según advirtió Andrés Bello. Por lo demás, no creo necesario recordar á Byron ni su misantropía para buscar el origen de los sentimientos que inspiraron á Heredia, cuya alma, tempestuosa también como la del prófugo Lord, estuvo abierta, en cambio, á entusiasmos y ternuras optimistas, y jamás dictó sátiras acerbas de las que tanto abundan en las obras del poeta británico.

La pasión erótica, el entusiasmo por la independencia de Cuba, y el interés filantrópico y cosmopolita por la felicidad de todos los pueblos, incluso el español, guiaron en muchas ocasiones la inspiración de Heredia, que, sin embargo, no cosechó los laureles de la inmortalidad en este campo, sino en el de la poesía descriptiva y filosófica.

Cuando la contemplación de la madre Naturaleza solicitó las recias pulsaciones del águila, fué cuando surgieron resonantes y magníficos los cantos á *La catarata del Niágara*, *En el Teocalli de Cholula*, *Al Sol*,

¹ Nació en Santiago de Cuba (31 de Diciembre de 1803); estudió en Santo Domingo y la Habana; fué desterrado como conspirador á los veinte años, y, emigrando á los Estados Unidos, publicó en Nueva York la primera edición de sus *Poesías* (1825). Pasó en 1826 á México, llegando á ser Magistrado y Senador; hizo una nueva impresión de sus obras, reformada, en Toluca (1832), donde murió cristianamente en 21 de Mayo de 1839.

Al Océano y En una tempestad. No son éstos los cuadros ricos de color apurados más tarde por la virgiliana musa de Andrés Bello, ni consentía el súbito fulgurar de la de Heredia lentos primores de forma, sino que, aficionada á las grandes perspectivas, sólo las presenta en sus líneas generales, de modo que resalte la personalidad del poeta. En efecto, ¿qué ofrece de característico y singular la descripción del Niágara? ¿No parece, por su brevedad, que ocupa un puesto accesorio, siendo allí lo principal la impresión íntima que se manifiesta en triunfales ditirambos ó varoniles apóstrofes? Unos cuantos versos bastan al autor para retratar el vertiginoso descenso de las aguas; el resto, lo mismo al principio que al fin de la composición, se emplea en reflexiones psicológicas ó trascendentales á este tenor:

Yo digno soy de contemplarte; siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé; vi al Oceano,
Azotado del Austro proceloso,
Combatir mi bajel y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro;
Mas del mar la fiera
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Dominando aquel espectáculo aparece la omnipotencia de Dios, á quien invoca el poeta con religioso asombro, para lanzarse después indignado contra la impiedad y el escepticismo de los sofistas del viejo continente.

No menos grandioso, aunque más reposado y solemne, es el tono de la meditación *En el Teocalli de Cholula*, con sus bellísimas pinturas del paisaje americano, del crepúsculo y de la noche, tras de las cuales sube de punto el efecto moral de la contraposición en-

tre el efímero esplendor de las cosas humanas y el augusto sello de perpetuidad con que se destacan las grandezas del orden físico, como la que hace exclamar al poeta:

¡Gigante del Anahuac! ¿Cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos, como el norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir á tus pies, que combatían
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creían
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.

En la oda *Al Océano* no cede Heredia á Quintana, cuyo estilo grandilocuente y sostenido reproduce con algún asomo de afectación, pero menos ostensible que en el cantor de la *Imprenta*. El *Himno al Sol*, los *Versos escritos en una tempestad* y alguna otra pieza constituyen, con las tres anteriormente examinadas, los títulos de gloria que conquistaron á Heredia uno de los primeros lugares entre los poetas hispano-americanos.

Retrocediendo ahora, para concluir el estudio del movimiento intelectual que precedió en Cuba á la introducción del romanticismo, deben mencionarse los bien intencionados esfuerzos de la Sociedad patriótica, que celebró certámenes periódicos con el objeto de fomentar en la isla el cultivo de las ciencias y las artes. Una de las secciones en que estaba dividida aquella Sociedad se encargó de la *Revista bimestre cubana*, que había fundado el célebre catalán D. Mariano Cubí y Soler, pero sin publicar más que un solo número. Desde el segundo hasta el décimo (1832-1834) la dirigió el brioso polemista D. José A. Saco, por el mismo tiempo en que, con otros compañeros, meditaba la formación de una Academia independiente de Literatura,

que se disolvió apenas constituida. La reemplazaron de alguna manera las tertulias de D. Domingo del Monte, escritor nacido en Venezuela, pero educado en Cuba, que consideró siempre como su patria adoptiva, siendo en ella uno de los últimos representantes de la escuela clásica, sin perjuicio de dirigir con sus consejos á los imitadores de Víctor Hugo y Zorrilla.

Habiendo juzgado en otra parte á la Avellaneda ¹, sólo hablaré de *Plácido*, Milanés y Ramón Palma, prescindiendo de otros autores menos importantes, afiliados bajo la bandera del romanticismo.

Plácido (1808-1844), ó sea Gabriel de la Concepción Valdés, debió á las circunstancias excepcionales de su vida y á su trágica muerte una reputación muy superior á sus méritos positivos, porque no se ha pensado tanto en los frutos de su ingenio como en la rareza de que un mulato sin instrucción, y dedicado al humilde oficio de peinettero, ascendiese á las luminosas cumbres de la poesía, y porque la aureola del infortunio, teñida de sangre ², le sirvió de defensa contra las acusaciones de la crítica. Conviene hoy, sin embargo, cuantos escriben acerca de sus obras en que la mayor parte de ellas adolecen de dos gravísimos defectos: trivialidad en el fondo, y desaliño en la forma.

Los aljófares de sus versos eróticos no pueden agradar á un gusto medianamente delicado; en las innumerables poesías de circunstancias que compuso al correr de la pluma, sin inspiración ni propósito determinados, no bastan algunos aciertos á compensar la vaciedad é insignificancia del conjunto; y aun en aquellos géneros para los que eran muy notables las aptitudes de *Plácido*, están desvirtuadas por la precipitación y la falta de lima.

¹ Tomo I, págs. 196, 269 y 376.

² Todos saben que *Plácido* murió fusilado por conspirador, aunque él protestó de su inocencia hasta los últimos momentos.

No pueden considerarse inmunes de todo defecto las composiciones escogidas del infortunado poeta, entre las que figuran algunos sonetos, como el que lleva por título *Al aniversario de la muerte de Napoleón*, la letrilla *La flor de la caña*, el hermoso romance *Jicotencal*, y su canto de cisne, el *Adiós á mi lira* y la *Plegaria á Dios*; inspirados uno y otra por el mismo sentimiento de resignada melancolía, y en los que la sinceridad y el candor compensan tal cual amago de prosaísmo, y hacen que la atención no se fije en descuidos ni tropiezos. El final del *Adiós á mi lira*:

Que entre Dios y la tumba no se miente:
¡Adiós, voy á morir! Soy inocente,

es tan conmovedor como la estrofa con que termina la *Plegaria*:

.....
Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz y acabe mi existencia,
Cúmplase en mí tu voluntad, ¡Dios mío!

También es triste la historia de José Jacinto Milanés (1814-1863), aunque por otro estilo que la de *Plácido*; también se malogró su talento, ya por espíritu de imitación mal entendida, ya principalmente por la enfermedad mental que padeció el poeta durante la más larga porción de su vida. Nada produjo comparable á las dulces y casi infantiles cancioncitas con que se dió á conocer, inspiradas por el sentimiento de la naturaleza y por la lectura de los antiguos poetas castellanos, sobre todo de Lope de Vega. (*La fuga de la tórtola*, *La madrugada*, *El nido vacío*, etc.) Pero, al caer en sus manos las primicias del romanticismo, se aficionó á lo más agrio y venenoso, torciendo violentamente el fácil y espontáneo rumbo que hasta entonces

había seguido. Toda la falsa retórica socialista de Espronceda se convierte en declamación hinchada y vulgarísima cuando su imitador la presenta al desnudo, al modo que entre nosotros lo hizo D. Santos López Pelegrín.

Milanés ostentó en la poesía dramática iguales aptitudes que en la lírica, y supo reflejar en *El Conde Alarcos* (1838) la esplendorosa luz con que regeneraron la escena española el Duque de Rivas, Hartzenbusch, Zorrilla y García Gutiérrez. Claro está que el drama histórico no podía tener en un país virgen y sin tradiciones el trascendental y profundo interés que tuvo en España; pero la senda elegida en este ensayo era la mejor y más conducente para evitar todo linaje de extravíos. Otras cuatro piezas componen el teatro de Milanés¹: *El poeta en la Corte*, *A buen hambre no hay pan duro*, *Por el puente y por el río*, y *Ojo á la finca*.

Ramón Palma (1812-1860), fundador de los periódicos literarios *El Album* y *El Plantel*, se distinguió, como poeta, por cierto matiz sombrío que algunos creen de procedencia byroniana, y por el esmero de la versificación, que campea señaladamente en el *Himno de guerra del cruzado*, la poesía que más se encomia entre las suyas.

Al promediar el siglo XIX se inició en Cuba, lo mismo que en la Península, una reacción contra los desentonos y las extremidades de la era romántica, y hubo quien desempeñara un papel algo parecido al de Selgas en sus primeros tiempos; hubo un poeta tierno y sentimental, amante de la Naturaleza en sus manifestaciones más apacibles, que buscaba asimismo la elevación y pureza del sentido moral, aunque no en la forma indirecta y simbólica de *La Primavera* y *El Estío*, sino reflejando la impresión personal y puramente líri-

¹ Véase la edición de sus *Obras* publicada en Nueva York (1865).

ca. Llamábase el ingenio aludido Rafael Mendive (1821-1886); publicó en Madrid (1860) la segunda edición de sus *Poesías*, con un prólogo de D. Manuel Cañete; demostró en varias de ellas una inspiración genial y simpática (*Yumuri*, *La flor del agua*, *El lamento*, *A un arroyo*, *La oración de la tarde*, etc.); puso en versos castellanos las *Melodías irlandesas* de Tomás Moore, y alcanzó en cambio la honra de que una composición suya, *La sonrisa de la Virgen*, fuera traducida al inglés por Longfellow, el insigne autor de *Evangelina* ¹.

Sentimientos más hondos reflejó la musa de otro poeta cubano, más comprometido también que Mendive en las agitaciones políticas, profesor en el célebre Colegio de la Habana ², fundado y dirigido por el filósofo D. José de la Luz Caballero. Los cantos de Juan Clemente Zenea (1831-1871) parecen anunciar el fúnebre destino de quien había de morir ajusticiado al tocar en la plenitud de la vida; los más valiosos son endechas de amores malogrados, de ilusiones fugaces y placeres marchitos. Escogió Zenea por modelos á Lamartine y á Musset, cuya tristeza insinuante correspondía á la de su espíritu; y si no levantó el vuelo á las regiones de la meditación filosófica, supo traducir los acentos de la pasión con la suavidad exquisita del romance *Fidelia* ³, donde dice, imitando una idea feliz del autor de *Las Noches*:

¹ Así lo dice Calcagno en su *Diccionario Biográfico Cubano*. (New-York, 1878, pág. 414.) Esta noticia recuerda que otro escritor nacido en España y domiciliado en Cuba, donde acaba de fallecer, D. Eugenio Sánchez Fuentes, escribió en sus mocedades el lindo diálogo *El niño y el poeta*, que fué trasladado á varios idiomas, y al alemán por el célebre Manuel Geibel.

² Llevaba el título de *El Salvador*, y fué el plantel de donde salió la generación literaria inmediatamente anterior á la insurrección de 1868. Sobre la persona y las ideas de Luz Caballero se ha discutido mucho, y acaso no es posible aún juzgarlas de un modo imparcial y definitivo.

³ Dícese que, bajo el sentido literal de esta poesía, hay otro oculto y alegórico, referente á la situación de Cuba; pero de fijo prescindirá del último la mayor parte de los lectores.

Tomamos ¡ay! por testigos
de esta entrevista suprema,
unas aguas que se agotan
y unas plantas que se secan;
nubes que pasan fugaces,
auras que rápidas vuelan,
la música de las hojas
y el perfume de las selvas.

Tal era el espacio abierto á la inspiración de Zenea ¹, que nos dejó otras rimas impregnadas del mismo perfume, y éstas son las que no olvidarán nunca los amantes de lo bello.

Por el contrario, Joaquín Lorenzo Luaces (1826-1867) nació para formar en la dinastía de los imitadores de Píndaro y Tirteo, para continuar en el Nuevo Mundo la tradición iniciada en Olmedo y Heredia, para entonar cánticos de triunfo ó de combate, embriagando las almas con los sonidos indómitos y marciales de su lira, que sólo encontraba temas dignos y adecuados á su energía en los grandes cuadros de la Naturaleza ó de la Historia, en las maravillas del poder divino y de la industria humana, ó en las explosiones del heroísmo colectivo. Cuando tiene que describir, procede por síntesis; cuando pinta, hace desfilar como un enjambre las figuras, y busca en la abundancia y el contraste de los colores el medio de reforzar en lo posible la intensidad de la emoción. Posee Luaces todos los buenos y malos caracteres de la escuela á que se afilió, por la índole vehementísima de su temperamento, por su fantasía deslumbradora, por la admirable estructura del período poético, en que á veces, sin embargo, quedan sacrificadas las leyes de la conveniencia y del lenguaje al torrente de la declamación. Por sus cantos *La Naturaleza*, *La Luz* y *El Trabajo*, aunque extensos en de-

¹ Sus *Poesías completas* se publicaron en colección después de su muerte (Nueva York, 1872), repartidas en cuatro grupos: *Poesías varias*, *Traducciones*, *En días de esclavitud*, *Diario de un mártir*.

masía, corre una llamarada que, depurando la escoria de los lugares comunes, la realza con vivos y espléndidos matices. En *El último día de Babilonia*, *Caída de Missolonghi*, *Varsovia* y *La oración de Matatías* se trasluce el propósito de atacar la política del Gobierno español respecto de Cuba, lo cual no ha de impedir que reconozcamos la belleza de tales composiciones, aunque contrapesada por los defectos á que me he referido anteriormente.

Luaces escribió también algunas piezas dramáticas, entre las que sobresalen *Aristodemo*¹, *El mendigo rojo* y *Arturo de Osberg*; pero la fama que le conquistaron no puede compararse con la que goza como poeta lírico.

Creo innecesario adicionar esta galería justipreciando las obras de otros autores como Miguel Teurbe y Tolón, pintor de costumbres cubanas; José Fornaris, inventor de los desprestigiados *Cantos del Siboney*; Diego V. Tejera, que ha imitado con frecuencia á Bécquer; Esteban Borrero, José Varela Zequeira, los hermanos Francisco y Antonio Sellén, conocidos principalmente por sus traducciones en verso de poetas alemanes, franceses é ingleses (*Ecos del Rhin*, *Ecos del Sena*, *Cuatro poemas de Lord Byron*), Luisa Pérez de Zambrana y Aurelia Castillo.

Quien introdujo una nota nueva en la poesía cubana fué el recién finado Julián del Casal, cuyas colecciones *Hojas al viento*, *Nieve* (1892) y *Bustos y rimas* descubren una especie de *nihilismo* escéptico y pesimista que condujo al autor á prescindir casi de las ideas para buscar lo que es halago del oído y de los ojos. Los mismos afectados epígrafes de *bocetos*, *cro-mos*, *marfiles*, *bustos*, *camafeos* y *medallones* indican la preferencia que daba al elemento plástico en la

¹ Sobre esta tragedia léase un artículo de Enrique Piñeyro, publicado en sus *Estudios y Conferencias* (págs. 233-247).

poesía, desnaturalizándola en su principio esencial. No le faltaban dotes de versificador esmerado y robusto; pero el empeño de llevar á la frase vibraciones y reflejos que no siempre caben en ella, le hizo reducir su vocabulario y prodigar afectadamente unas cuantas expresiones¹ que tienen el defecto de ser traídas más de una vez por la fuerza de la rima.

La prosa narrativa no ha tenido en Cuba tantos cultivadores como el género lírico; antes bien, durante muchos años, sólo figuró allí como novelista importante Cirilo Villaverde, autor de *Cecilia Valdés*, cuya primera parte data ya de 1838, mientras la segunda no se imprimió hasta 1882. Dícese que en esta obra (pues no la conozco sino de referencia) trató su autor de describir el estado social de la isla desde 1812 á 1831.

En la misma senda ha entrado últimamente Ramón Meza, un joven que posee fino instinto de observación psicológica y social, que se ha educado con la lectura de los modelos españoles, así antiguos como modernos, y que, después de algunos ensayos apreciables, ha escrito con intención más profunda y dejos satíricos sus dos novelas *Mi tío el empleado* (1887) y *Don Aniceto el tendero* (1889). Finalmente, debo mencionar á Nicolás Heredia, que, además de ser un crítico imparcial y juicioso, ha demostrado grandes dotes de estilista en su narración cubana *Leonela*, aunque incurriendo en las exageraciones de un realismo crudo y fogoso, con rasgos de inverosimilitud.

En la crítica literaria y en las distintas variedades del género didáctico descuellan muchos ingenios que sería largo enumerar, extraviados, en su mayor parte, por el espíritu anticatólico y antiespañol de que alardean. Enrique J. Varona, director de la *Revista Cubana*, fundó esta publicación para continuar la *Revista*

¹ Hay varias que son neologismos inadmisibles, como *dardear*, *emperlado*, etc.

de Cuba, de José A. Cortina, y escribe alternativamente de Filosofía, Historia y Literatura con claridad y elegancia de estilo¹; es positivista de criterio independiente, y ha ejercido gran influencia en el movimiento intelectual de la isla. Enrique Piñeyro, escritor elegante y frío, de más inteligencia que sensibilidad, ha dado á luz un tomo de *Estudios y Conferencias* (1880), otro que se titula *Poetas famosos del siglo XIX* (1883), y el más reciente consagrado á *Manuel José Quintana* (1892). Manuel Sanguily es, á la inversa, polemista nervioso y acerado; ha compuesto un libro acerca de los oradores cubanos, y una biografía de D. José de la Cruz; prepara otras obras similares, y redacta la revista *Hojas literarias*, que apareció en 1893. Rafael Montoro, colega que fué de Revilla en la *Revista contemporánea*, goza de especial reputación como orador. Ricardo Delmonte y Rafael M. Merchán² se dedican á la crítica; y el último, que reside en Colombia, contentió con los señores Valera y Barrantes sobre asuntos muy delicados en *La España Moderna*, demostrando suma erudición y habilidad puestas al servicio de una causa que no puede menos de lastimar vivamente nuestro amor patrio.

La mejor respuesta á las acusaciones del filibusterismo contra el régimen colonial de los españoles, en cuanto lo condenan en absoluto como despótico, por abusos aislados que nadie trata de defender, es la comparación del progreso de las letras y las ciencias en Cuba³ con el que han alcanzado las Repúblicas ame-

¹ *Conferencias filosóficas* (tres series, 1880-1888); *Estudios literarios y filosóficos* (1883); *Seis conferencias* (1887); *Artículos y Discursos* (1891).

² *Estudios críticos*, Bogotá, 1886.—*Variedades*, tomo 1, Bogotá, 1894.

³ Sólo incidentalmente he hablado de autores que se han distinguido en otros ramos que no son el de la amena literatura. En el de la investigación histórica basta citar á Antonio Bachiller y Morales, y como naturalistas á Felipe y Andrés Poey.

ricanas más florecientes; comparación que no resultaría desventajosa para la perla de las Antillas⁴.

⁴ Muy poco es lo que conozco de la producción literaria en Santo Domingo y Puerto Rico. En la primera isla nació D. Francisco Muñoz del Monte (1800-1868), y cultivan hoy la poesía varios autores, como D. José Joaquín Pérez y Doña Salomé Ureña de Henríquez. En Puerto Rico tuvo cierto renombre un Sr. Tapia y Rivera que ensayó con muy escasa fortuna el género épico y el dramático. Posteriormente se dió á conocer D. José Gautier y Benítez, y entre los poetas que viven sobresale Doña Dolores Rodríguez de Tió.

